

Primer viaje.

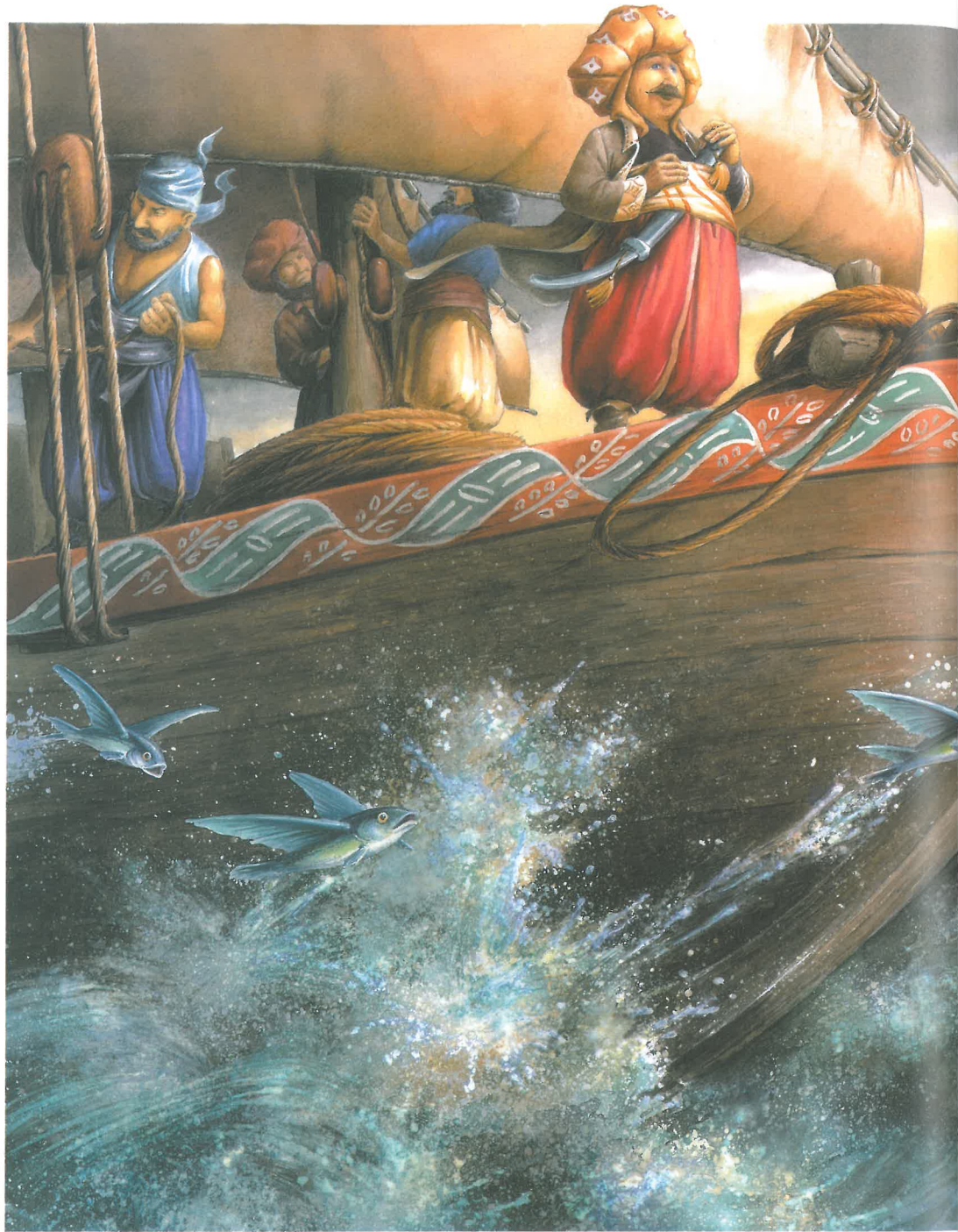
La isla que cobró vida

Debéis saber que nací en esta ciudad de Bagdad y que disfruté de una infancia feliz y acomodada, pues mi madre me crió entre algodones y mi padre fue uno de los comerciantes más ricos de este reino. Sin embargo, tuve la desgracia de quedar huérfano a edad muy temprana, con lo que heredé las propiedades de mi familia mucho antes de que pudiera administrarlas como era debido. De haber hecho buen uso de ellas, me habrían bastado para vivir con holgura hasta el día de mi muerte, pero en mis años jóvenes tan solo pensaba en gozar de la vida, así que en muy poco tiempo derroché toda mi fortuna de fiesta en fiesta y de banquete en banquete.

Cuando quise darme cuenta, ya no me quedaban más que los muebles de mi casa, y entonces comencé a lamentarme. Recordé que mi padre solía decirme que en este mundo la muerte es preferible a la miseria, así que me dije entre lágrimas: «¡Eres un necio, Simbad! Llegarás a viejo convertido en mendigo, y entonces ¿quién querrá socorrerte?».

Aquel mismo día decidí dedicarme al comercio para recuperar la fortuna de mi familia. A la mañana siguiente subasté en el mercado los muebles de mi casa y, con los tres mil dinares¹ que obtuve, compré unas cuantas baratijas para comer-

1 **dinar**: moneda árabe de oro.





ciar con ellas y partí hacia Basora,² desde donde me embarqué en compañía de otros mercaderes con rumbo a los reinos misteriosos de Oriente.

Desde el primer día de nuestro viaje, los negocios nos fueron muy bien, pero mi destino se torció una mañana en que divisamos una pequeña isla en el horizonte. Al acercarnos a ella nos pareció tan hermosa que cuatro de nosotros le pedimos al capitán que nos permitiese desembarcar para contemplarla a nuestras anchas.

—Está bien —nos respondió—, pero recordad que a media tarde tendremos que zarpar o nos retrasaremos.

La isla era tan pequeña que la recorrimos de parte a parte en muy poco tiempo. Después, encendimos una hoguera para asar unas cuantas sardinas y nos sentamos a comer con calma. Un mercader de largos bigotes amenizó nuestro modesto banquete con la historia de un barbero muy hablador que cierto día había acudido a palacio para afeitar al califa. Durante más de dos horas, el barbero parloteó sobre los asuntos más diversos sin permitir que el califa pronunciase una sola palabra. Al cabo, el barbero se extrañó de que su cliente no dijese nada, así que trató de trabar conversación con él diciéndole: «Señor, yo sé afeitar de muchas maneras: ¿cómo queréis que os haga la barba?». El califa, cansado de la cháchara insoportable del barbero, lo miró con los ojos llenos de rabia y le respondió con un rugido de león: «¿Seríais capaz de hacérmela en silencio?».

La ocurrencia nos divirtió tanto que nos estuvimos riendo a carcajadas durante mucho rato, hasta que, de pronto, el capitán comenzó a gritarnos desde el barco:

2 **Basora** es una ciudad portuaria situada en el actual Irak a la que se dirigen las gentes de Bagdad para hacerse a la mar.

—¡Salid de ahí y regresad a bordo de inmediato!

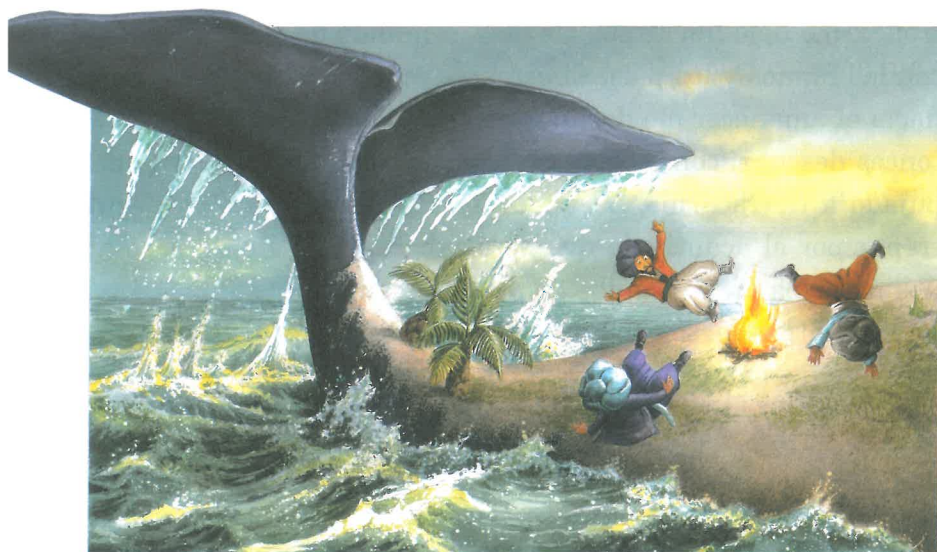
Pensando que el buen hombre estaba de broma, le respondimos entre risas que se sumara a nuestro festín, pero su respuesta no pudo ser más inquietante:

—¡Os digo que volváis, o moriréis!

Aunque reaccionamos enseguida, ni siquiera nos dio tiempo a levantarnos, pues la tierra comenzó a temblar como un tigre enfurecido. Los frutos cayeron de los árboles, los troncos de la hoguera echaron a rodar y nuestros cuerpos se tambalearon como si nos golpeará un loco furioso. Al principio, pensamos que se había desatado un terremoto, pero el capitán nos reveló que lo que estaba ocurriendo era algo muy distinto:

—¡Eso no es una isla! —gritó con todas sus fuerzas—. ¡Es una ballena!

Ya lo habéis oído: no habíamos desembarcado en tierra firme sino en el lomo de un pez gigantesco que debía de llevar inmóvil muchos años, a juzgar por el manto de arena que cu-



bría su cuerpo y por los árboles que habían arraigado³ en el arco de su espalda. El calor de nuestra hoguera lo había despertado de pronto, y ahora se sacudía con todas sus fuerzas como un muerto que regresa de repente a la vida. Los cuatro que habíamos desembarcado echamos a correr hacia el navío,⁴ pero, cuando estábamos a punto de subir a bordo, la ballena se zambulló en el agua y levantó un poderoso remolino que nos arrastró hacia el fondo del mar.

—¡Socorro! —gritamos—. ¡Ayudadnos o nos ahogaremos!

Desde el barco nos lanzaron varios cabos,⁵ pero las fuertes corrientes nos impidieron llegar hasta ellos. Mis tres compañeros perecieron ahogados, y solo yo pude salvar la vida gracias a que el tronco de un árbol se cruzó en mi camino. Aferrado a él, seguí gritando para que me salvaran, pero las olas me habían llevado tan lejos del barco que nadie pudo oírme. El capitán pensó que los cuatro habíamos muerto, así que mandó desplegar las velas y prosiguió el viaje.

Aquella fue la noche más larga de mi vida. Agarrado al tronco, me dejé llevar por las olas, remando de vez en cuando con las manos y los pies. El esfuerzo me dejó tan agotado que hacia el amanecer me dormí. Desperté a media mañana, y entonces descubrí con alegría que las corrientes me habían empujado a tierra firme. Sacando fuerzas de flaqueza, conseguí trepar por el acantilado que se alzaba ante mis ojos, pero al llegar arriba me derrumbé de puro cansancio.

Tres largos meses pasé en aquella isla desierta, alimentándome de las bayas⁶ que daban los arbustos y bebiendo el agua

3 **arraigar**: echar raíces.

4 **navío**: barco.

5 **cabo**: cuerda que se usa en los barcos para atar las velas y otros fines.

6 **baya**: fruto pequeño que dan algunas plantas silvestres.

turbia de un arroyo. Todas las noches daba gracias a Alá⁷ por permitirme seguir con vida, pero en verdad mi corazón estaba lleno de tristeza. «Si te hubieras quedado en Badgad», me decía entre lágrimas, «no te verías ahora en esta dolorosa situación, pero querías conocer tierras lejanas, y ya ves en qué ha parado tu deseo. Pobre Simbad, ¡nunca más volverás a ver tu tierra!».

Por fin, una mañana sucedió algo que habría de cambiar mi destino. En medio de un bosquecillo descubrí la silueta de un animal que al principio me pareció una fiera salvaje, por lo que me alejé con sigilo⁸ para no llamar su atención. Pero la curiosidad pudo conmigo, así que volví a acercarme de puntillas y entonces me percaté de que no era más que una yegua. Sus crines estaban tan limpias y parecían tan suaves que sentí unas ganas enormes de acariciarlas. Para no asustar al animal, me aproximé poco a poco y, cuando lo tuve a mi alcance, le rocé la cabeza con la yema de los dedos.

—¡Qué hermosa eres! —le dije, como si fuera capaz de entenderme.

Justo entonces, oí un grito a mi espalda y el corazón me dio un vuelco en el pecho.

—¡Alto ahí! ¿Qué es lo que haces?

Cuando me di la vuelta, descubrí frente a mí a un joven alto y muy bien vestido.

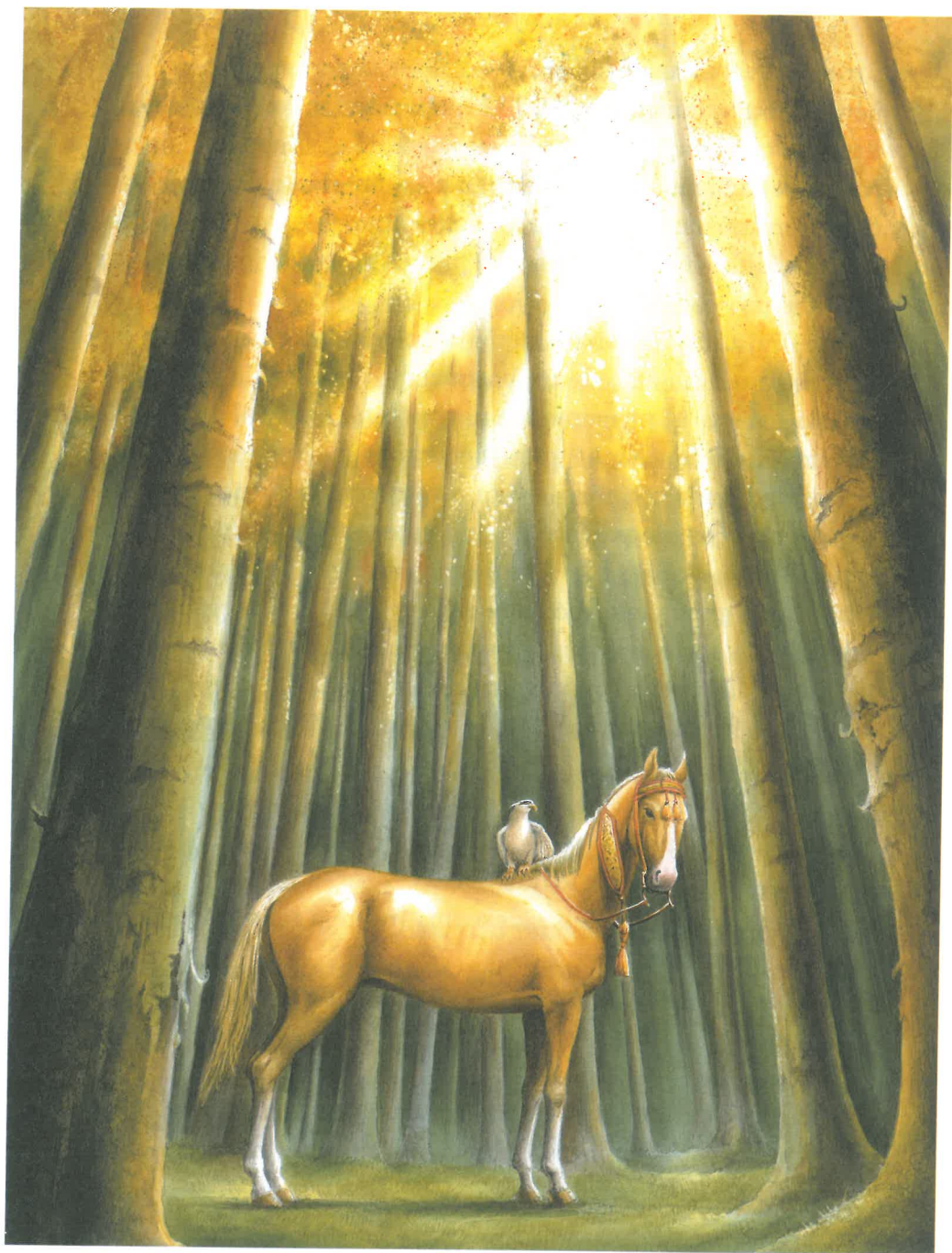
—Solo pretendía acariciarla —dije—. No quería hacerle ningún daño.

—Entonces, ¿para qué demonios has venido hasta aquí?

Imaginaos cuántas cosas me pasaron por la cabeza en aquel instante. Hasta entonces había pensado que me encontraba

⁷ Alá es el nombre que los musulmanes dan a Dios.

⁸ con sigilo: lentamente y sin hacer ruido.



en una isla desierta, y de pronto un extraño surgía de la nada y empezaba a pedirme explicaciones.

—Me llamo Simbad —dije—, y naufragué en esta isla hace algunos meses. Pensé que aquí no vivía nadie.

Como mis palabras le convencieron, el joven se volvió de pronto mucho más amable.

—Lamento haberte asustado —dijo—: has de comprender que esa yegua es muy valiosa.

—Me hago cargo —contesté—. Lo que no entiendo es por qué la has abandonado aquí.

—Ahora no puedo explicártelo, pero si vienes conmigo lo sabrás.

El joven me condujo a una cueva subterránea en la que otros hombres de su misma edad almorzaban alrededor de una hoguera. Uno de ellos me dijo que podía comer lo que me apeteciese, así que me uní al corro y devoré cuanto había al alcance de mis manos. Al acabar la comida, me sentí tan animado que empecé a hacer preguntas sin parar:

—¿Y vosotros quiénes sois? —dije—. ¿Vivís en esta cueva? ¿Por qué habéis dejado la yegua en el bosquecillo? ¿Acaso no es vuestra? ¿O es que queréis castigarla por algo?

Mis acompañantes se echaron a reír.

—¡Por Alá que tu curiosidad es tan grande como tu apetito! —me dijo uno de ellos, y sus palabras me hicieron sonrojar.

—Somos los palafreneros⁹ del rey Miraján —me explicó otro.

Yo saltaba de sorpresa en sorpresa.

—¿Pero es que aquí hay un reino? —pregunté.

—Así es, pero queda en el otro extremo de la isla.

9 **palafrenero**: criado que cuida de los caballos de su señor.

—Entonces, ¿qué hacéis por esta parte?

—Verás: cada mes, coincidiendo con la luna llena, traemos hasta aquí a las yeguas de nuestro rey, las atamos en el bosque y nos escondemos en cuevas como ésta. En la playa donde naufragaste vive un feroz caballo marino que, en cuanto huele a las hembras, sale del agua para unirse a ellas como el esposo lo hace con la esposa. ¿Entiendes?

Todos se echaron a reír, y luego otro de los jóvenes agregó:

—Al cabo de unos meses, las yeguas dan a luz a unos caballos que son los más veloces y bellos del mundo.

—Y ahora estáis esperando a que el caballo salga y monte a las yeguas... —dije.

—Así es, y debemos estar muy alerta, pues el instinto de esa fiera lo impulsa a comerse a las hembras después de fecundarlas.¹⁰ Así que, en cuanto se una a ellas, saldremos de aquí dando gritos para espantarlo.

—¿Y después?

—Después nos llevaremos a las yeguas de vuelta a la ciudad. Supongo que querrás acompañarnos.

Por supuesto que quería. Aquella misma tarde partimos hacia las tierras del rey Miraján, quien quedó conmovido por mi historia y me dispensó todo tipo de honores.

—Para que veas que somos gente hospitalaria¹¹ —me dijo—, desde hoy mismo tendrás casa y trabajo en mi reino.

En los meses que siguieron trabajé en el puerto de la ciudad, inventariando¹² las mercancías de los barcos que arribaban. Por las tardes, asistía a las tertulias del rey, quien me trató siempre como a un hermano. Pero yo no dejaba de pen-

¹⁰ **fecundar**: dejar embarazada a una hembra.

¹¹ **hospitalaria**: amable con los forasteros y los invitados.

¹² **inventariar**: hacer una lista de todas las cosas que hay en un lugar.



sar en Bagdad, así que día tras día interrogaba a los capitanes de todos los barcos con la esperanza de que alguno viajara hacia mi patria. Por desgracia, la mayoría ni siquiera sabían dónde estaba Bagdad, pero un día, cuando me aprestaba a inventariar la mercancía de un barco, oí por fin de labios de su capitán el nombre de mi querida ciudad.

—Solo llevo un par de fardos y no son para vender —me dijo—, pues pertenecen a un pobre comerciante que murió ahogado hace algún tiempo. Me los dio en depósito el capitán del barco donde viajaba el difunto para que se los entregue a su familia cuando llegue a Bagdad.

—¿De veras vais a Bagdad? —dije.

—Así es —me respondió el capitán.

Entonces tuve un presentimiento.

—¿Y sabéis...? —dije con voz temblorosa—, ¿sabéis cómo se llamaba el marinero que se ahogó?

—Ahora mismo no lo recuerdo, pero su nombre está escrito en sus fardos. Míralo tú mismo si quieres: los encontrarás en la popa.¹³

Eché a correr hacia los fardos y, cuando descubrí mi nombre en ellos, empecé a saltar de alegría.

—¡Estos fardos son míos! —exclamé—. ¡Yo soy Simbad!

El capitán reaccionó con enfado:

—No digas tonterías —me replicó—: Simbad está muerto y bien muerto.

—Nada de eso —insistí—. Os juro que soy Simbad y que viajaba en el barco donde os entregaron estos fardos. Estuve a punto de ahogarme junto a otros tres marineros, pero logré aferrarme a un tronco y llegar a esta isla.

¹³ **popa**: la parte trasera de un barco.

El capitán se puso rojo de ira.

—¡Por todas las mezquitas de Arabia! —gritó—. Pero ¿es que ya no quedan personas honradas en este mundo? ¿No se te ocurre nada mejor que robarle a un muerto?

—¡Os aseguro que soy Simbad!

—¡Tú no eres más que un maldito ladrón! ¡Lo que quieres es vender esos fardos y quedarte con el dinero! ¿Es que no te importa la familia del pobre Simbad? ¡Apártate de mi vista o te llevarás una buena tanda de azotes!

Repetí mil veces que mi nombre era Simbad, pero el capitán se negó a creerme. No me quedaba más remedio que demostrar de algún modo que aquellos fardos eran míos.

—Escuchadme —le dije al cabo—: voy a darme media vuelta mientras abris uno de los fardos, y os enumeraré con detalle todo lo que hay en él.

Aunque a regañadientes, el capitán aceptó mi propuesta, pero exigió que además de ponerme de espaldas me vendase los ojos, pues no se fiaba en absoluto de mí.

—Estoy abriendo el mayor de los fardos —me dijo luego—. Ahora dime lo que hay en él sin equivocarte ni una sola vez o te echaré del barco de una patada.

Perdido en la tiniebla, yo respiré hondo y respondí:

—Capitán, el fardo grande contiene una manta de pelo de cabra, dos tapices de ramos, una tienda de campaña que me vendió un mercader de Bagdad, un frasco de agua de rosas, cuatro pañuelos rojos, tres jarros de bronce, un par de babuchas¹⁴ de cuero, diez ramitas de canela de la India y un cofrecillo del tamaño de un puño.

El capitán se quedó de piedra.

14 **babuchas**: zapatillas de cuero sin talón típicas de los árabes.



—¡Por todos los mosquitos de Egipto! —exclamó—. ¡Eso es justamente lo que hay en el fardo!

Seguro de mi victoria, yo añadí entonces:

—Esperad, capitán, que aún no os he dicho lo que contiene el cofrecillo. Si me equivocara, tendríais derecho a negarme los fardos.

De modo que le expliqué que dentro del cofre había tres perlas negras, un cascabel de plata y un anillo de oro en que podía leerse: «No hay gloria ni poder sino en Alá».

—¡Desde luego que estos fardos son tuyos! —me dijo el capitán—. Y, puesto que te he ofendido al dudar de tu palabra, pídemelo el favor que desees y te lo concederé.

Como es natural, le pedí que me llevara a Basora, y aquella misma tarde me despedí del rey Miraján. Para agradecerle lo bien que me había tratado, qui-

se regalarle las mercancías que acababa de recuperar, pero él se negó a aceptarlas. Es más: el rey me entregó un valioso cargamento de sándalo y nuez moscada¹⁵ que vendí a buen precio al volver a Bagdad, lo que me permitió regresar a casa convertido en un hombre rico.

«Bien está lo que bien acaba», me dije. «Nunca más volveré a abandonar Bagdad».

Pero todos sabéis cuánto me engañé.



¹⁵ **sándalo**: árbol parecido al nogal de madera muy olorosa; **nuez moscada**: fruto de una planta llamada mirística que se emplea como condimento.